

Algunos peregrinos ingleses a Santiago en la Edad Media

Creo que los peregrinos ingleses medievales tienen dos cosas que justifican que les dediquemos un poco de tiempo: la cantidad de fuentes sobre ellos, y la vecindad marítima con España¹.

Primero, las fuentes. Los señores L. Vázquez de Parga, J. M. Lacarra y J. Uría Riu ya han tratado de los peregrinos ingleses dentro del contexto general del desarrollo de las peregrinaciones santiaguistas en su magnífica obra, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela* (3 tomos, Madrid 1948-49), pero se limitaron, en cuanto a las fuentes, a ciertas obras impresas como las crónicas de las *Monumenta Germaniae Historica*, los documentos publicados en las *Foedera* de Rymer y los itinerarios de Wey y Purchas. Sin embargo, aparte de las demás crónicas impresas, existen en los archivos nacionales de Londres millones de documentos medievales, entre los cuales se podrían encontrar centenares, si no miles, de referencias a la peregrinación compostelana. Una recopilación paciente y exhaustiva de estas referencias brindaría más datos sobre los peregrinos jacobeos que cualquier búsqueda en ningún otro archivo del mundo. Tal recopilación ya la ha hecho una investigadora inglesa, la señora Constance Storrs, para una tesis de la universidad londinense, y cuando la publique, creo que será la historia definitiva de los peregrinos ingleses a Santiago, con listas de nombres, estadísticas de peregrinos y barcos, etcétera. Pero hasta ahora no nos ha dado sino un pequeño avance, un artículo sobre los peregrinos en el siglo XIV²; por lo tanto, creo que no invadiré el coto de otro historiador si hablo aquí de los peregrinos, pero dedicándome más bien a los siglos XII y XIII, y apartándome, sin excesivo remordimiento, de las estadísticas.

He dicho que la riqueza de las fuentes documentales es *una* razón para interesarse en los peregrinos ingleses. La otra es la relación que ha existido siempre entre España e Inglaterra a través del mar Cantábrico, desde los viajes a Cornualles de los fenicios y cartagineses, pasando por las épocas romanas y visigodas. Las pruebas son dispersas: relaciones artísticas; la posible imitación por los anglo-sajones de la consagración real de los visigodos; los viajes de los vikingos a Inglaterra y Galicia, que continuaron aún a fines del siglo X, según la crónica de Rasis que acaba de traducir García Gómez; los sermones de san Wulfstan condenando el comercio de esclavos entre Bristol y España a comienzos del siglo oncenso; las curiosas ambiciones de Guillermo el Conquistador sobre Galicia. Todas estas cosas indican relaciones continuas entre Inglaterra y la costa cantábrica a lo largo de la Alta Edad Media, y me parece

¹ Texto leído en la Séptima Semana de Estudios Medievales, Estella el 22 de julio de 1969.

² STORRS, C. *Peregrinos ingleses a Santiago en el siglo XIV*, "Cuadernos de Estudios Gallegos" 20 (1965), 193-224.

sumamente improbable que los ingleses que visitaban España en esta época evitaran deliberadamente visitar el santuario de Santiago. Sobre todo porque en aquella época los ingleses eran muy aficionados a la peregrinación; hay muchísimos datos sobre peregrinos ingleses a Roma —por ejemplo, los reyes Alfred, Offa y Ethelwulf— y parece bastante probable que algunos fuesen también a Santiago, por ser más cercano y también porque la vía marítima del Cantábrico, pese a las posibles tormentas, era más segura y menos cansada que las carreteras de Francia e Italia. El mar Cantábrico unía, más que separaba, España e Inglaterra; y Galicia no era para los ingleses aquella *Finis Terrae* que parece haber sido para otros, sino uno de tantos puntos abordables de la costa continental.

Dando por supuesto, pues, que muchos ingleses sobre los que nada sabemos debieron de visitar Santiago en los primeros siglos después del descubrimiento de la tumba del Apóstol, podemos preguntar: ¿Quién fue el primero cuyo nombre podemos conocer? Vázquez de Parga (p. 51) indica a cierto Ansgot, del pueblo de Burwell en el condado de Lincoln, quien, volviendo de Santiago por Francia (la vía terrestre, digamos) recibió hospitalidad en la abadía de Santa María de la Sauve Majeure, cerca de Burdeos, a la que cedió en gratitud la iglesia de Burwell y otras iglesias, capillas y terrenos en el condado de Lincoln. No sabemos la fecha de la donación, pero Ansgot la autorizó en una carta que dio a Roberto, obispo de Lincoln, entre 1093 y 1123; así que la peregrinación debió de ocurrir antes de 1123 y quizás incluso antes de 1093.

Otro peregrino, al parecer desconocido hasta ahora, fue Ricardo Mauleverer, quien, volviendo de Santiago, visitó el monasterio de Marmoutier cerca de Tours y le dio su capilla y un trozo de tierra en la aldea de Allerton Mauleverer en el condado de York. Tampoco sabemos la fecha de esta donación, pero el abad de Marmoutier que la recibió fue Hulgod, que murió en 1104, de modo que la peregrinación de Mauleverer debía de ser anterior a esta fecha y posiblemente anterior a la de Ansgot de Burwell³. En ambos casos, la fecha sólo puede fijarse de un modo muy general.

En cambio podemos fechar muy exactamente, en el año 1102, la peregrinación de otro inglés, el santo Godric de Finchale. Aunque la vida y milagros de San Godric fueron escritos en el siglo XII y publicados en 1845, todavía es uno de los santos menos conocidos, si no menos interesantes. Nació en Norfolk hacia los años de 1070 de una familia muy pobre; fue buhonero, luego marino, luego mercader; viajó a Escocia, Flandes y Dinamarca; muy piadoso, pero casi analfabeto, leía constantemente un salterio, su único libro; y pasaba la vida en una peregrinación constante —a San Andrés de Escocia, a Roma y a Jerusalén. Se estableció brevemente en Norfolk como merino de un terrateniente. Luego fue otra vez a Roma y a Saint Gilles de Provenza. Volvió a casa, y luego otra vez a Roma, esta vez llevando a su madre. A su regreso se estableció cerca de Carlisle, donde recibió en visión a San Cutberto, santo patronal del Norte de Inglaterra, quien prometió mostrarle una ermita apropiada para vivir, si iba una vez más a Jerusalén. Fue a la Tierra Santa, se bañó en el Jordán, y regresó, después de varias aventuras, para hacer vida ermitaña en Finchale, cerca de Durham, donde permaneció sesenta años hasta su muerte en

³ ROUND, J. H. *Calendar of Documents preserved in France* 918-1206, Londres 1899, págs. 445, 448. El documento de Mauleverer tiene la asignatura de H 363 en el archivo departamental de Tours.

1170, manteniendo relaciones con los grandes hombres de su época y componiendo himnos a Santa María que son la música más antigua que se conserva en Inglaterra ⁴.

Su peregrinación a Jerusalén «llevando en sus hombros la bandera de la cruz de Nuestro Señor» es aludida en una crónica de los cruzados que lo documenta como Godric el pirata inglés que transportó al rey Balduino I desde Arsuf a Jaffa el 29 de mayo de 1102; y inmediatamente después volvió a casa, visitando Santiago en el camino ⁵. Así, es el primer peregrino inglés cuya visita a Santiago puede fecharse con cierta exactitud; y me parece apropiado que este prototipo de una larga serie de peregrinos combinase los caracteres de peregrino, mercader, músico, pirata y santo. Es significativo, también, que fuese no un noble normando que seguiría la vía terrestre al modo de la aristocracia francesa, sino un marino anglo-sajón que tomó automáticamente la vía marítima, tan conocida de sus hoy olvidados predecesores. Los biógrafos de San Godric escribieron su vida, desde luego, únicamente porque más tarde llegó a ser un ermitaño famoso y taumaturgo; pero en una época en que muchos ingleses se alistaban en la guardia imperial bizantina, o peregrinaban a Jerusalén, debía de haber muchos también que oraban ante la tumba de Santiago, aunque no tuviesen ni la aureola de santo ni la calidad social que buscaban los biógrafos medievales.

Es en efecto la calidad social la que nos brinda la mayoría de las noticias sobre los peregrinos en el siglo XII. La más eminente fue la viuda del emperador Enrique V, doña Matilda, que visitó Compostela en 1125, y volvió con una mano del Santo que su padre, Enrique I, dió a la abadía de Reading, que él había fundado; la mano fue robada pero volvió a la abadía en 1154 ⁶. Matilda quiso reinar cuando su padre murió en 1135, pero su primo, Esteban, tomó la corona y comenzó entonces una guerra civil de muchos años, de la cual todos los magnates se aprovecharon para enriquecerse. Los más notorios fueron Guillermo, conde de Lincoln, que fue a Santiago en algún momento de paz ⁷; Roberto, conde de Ferrers, quien hacia 1138 prometió dar ciertos terrenos a la abadía de Burton quince días después de su regreso de Santiago, y mandó a sus herederos que diesen los terrenos si él moría en su peregrinación ⁸; y el hermano del rey don Esteban, Enrique de Blois, obispo de Winchester, quien visitó Roma en 1151, y luego, por temor a los toscanos, lombardos y burgundios, volvió por mar, visitando Santiago en el camino ⁹.

En la segunda mitad del siglo XII, personas más distinguidas pensaban hacer la peregrinación. En 1173 el rey Enrique II se enfrentaba con una rebelión general de sus vasallos, ayudados por su hijo mayor, Enrique «el rey joven», y Hugo, conde de Chester, se unió a los rebeldes, al volver de su pere-

⁴ STEVENSON, J. ed. *Libellus de vita et miraculis sancti Godrici heremitae de Finchale*, Londres 1945.

⁵ *Ibid.*, págs. 33-34; *Alberici Aquensis Historia Hierosolymitana, lib. IX, cap. IX*, en LUARD, H. R., *Anuales monastici*, Londres 1864, vol. I, pág. 378; LUARD, H. R., *Matthaei Parisiensis monachi sancti Albani chronica maiora*, Londres 1874, vol. 2, pág. 210.

⁷ ORMEBOD, G., *History of the County and City of Chester*, vol. I, Londres 1819, página 25.

⁸ VROTTESLEY, G., *An Abstract of the Contents of the Burton Chartulary*, en *Collections for a History of Staffordshire*, primera parte, vol. I, Londres 1884, pág. 50.

⁹ CHIBNALL, M., *The Historia pontificalis of John of Salisbury*, Londres 1956, páginas 80, 91-94.

grinación a Santiago¹⁰. Tres años más tarde, «el rey joven» se peleó con su padre y le pidió permiso para ir a Santiago. Su padre comprendió que esto era sólo una excusa, pero no pudo persuadirle y le dejó hasta la costa. Pero allí los vientos impidieron que cruzara el canal de la Mancha, y el rey joven volvió para celebrar la Pascua en Winchester con su padre y su hermano, Ricardo Corazón de León, conde de Poitou. Allí le convencieron de que aplazase su peregrinación hasta después de ayudar a Ricardo a vencer a ciertos rebeldes de Poitou, y es probable que nunca llegase a Santiago antes de su muerte en 1183¹¹. En cambio su padre, después de triunfar sobre sus vasallos rebeldes, y sentenciar el pleito entre Navarra y Castilla en 1177, pidió cartas de salvoconducto a Fernando II de León, diciendo que él mismo quería hacer la peregrinación a Santiago. Era, por supuesto, una peregrinación que había hecho su rival, Luis VII de Francia, varios años antes. Pero Enrique no llegó a cumplir su deseo, que tan largamente había acariciado, según su carta al rey leonés —Fernando rey de Santiago, como le llaman los cristianos ingleses quienes evidentemente consideraban el santuario compostelano como la parte más importante de aquel reino¹².

En un nivel social más bajo, quizás el peregrino más interesante es otra persona que tampoco llegó a Santiago. Gonzalo de Berceo, al contar en sus *Milagros de Nuestra Señora* el milagro del niño judío, indica su fuente con los versos

«Un monge la escripso, omne bien verdadero,
De Sant Miguel era de la Clusa claustero;»

Este monje de «la Clusa» cuyo recuerdo se conserva de manera tan incongruente en el poema de Berceo como vestigio de una versión más antigua fue Anselmo de San Saba, monje del monasterio de La Chiusa en Piamonte y sobrino de San Anselmo, arzobispo de Canterbury. San Anselmo estuvo exilado en Italia en 1098, visitó La Chiusa, recogió a su sobrino y le llevó a Inglaterra donde llegó a ser abad del monasterio de San Edmundo de Bury (1121-48). El joven Anselmo conoció, a través de su tío, a los eclesiásticos más eminentes de Europa, y aprendió muchos de los cuentos de milagros de Nuestra Señora que empezaban a circular en Occidente a fines del siglo XI. Recogió lo que es probablemente la primera colección de Milagros de la Virgen y fuente primitiva de todas las demás colecciones, tal como las de Berceo, Gil de Zamora y Alfonso X. Entre la colección de Anselmo está por ejemplo la historia del romero de Santiago que se suicida por tentación del diablo y luego es resucitado por Nuestra Señora —historia que san Hugo, abad de Cluny, contó a Anselmo en 1100 cuando los exilados volvían a Inglaterra. (Como dice Berceo, «Sant Ugo lo escripso de Grunniego abbat»).

Esta historia, con dos más que habían oído de san Hugo, la contaron los dos Anselmos en Lyon, a otro clérigo, que compilaba una colección de los Milagros de Santiago; de esta manera el arzobispo y su sobrino, ambos anglo-italianos, ayudan a la compilación del *Condex Calixtinus* y relacionan los milagros de Santiago con los de Nuestra Señora. El sobrino se interesó, es evidente, en

¹⁰ HOWLETT, R., *Chronica Roberti de Torigneio*, en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II and Richard I*, Vol. 4, Londres 1889, pág. 256.

¹¹ TWYSDEN, R., *Chronicon Johannis Bromton*, en *Historiae Anglicanae Scriptores Decem*, Londres 1652, col. 1110.

¹² STUBBS, W., *Chronica magistri Rogeri de Hovedene*, Londres 1869, vol. 2, pág. 33.

la peregrinación compostelana; cuando llegó a ser abad de San Edmundo, decidió hacer la peregrinación personalmente, pero sus monjes se lo desaconsejaron, quizás con ayuda de una carta del rey Enrique I. Y, en vez de ir construyó una iglesia en Bury, dedicada a Santiago —primer ejemplo inglés que conozco de la conmutación de un voto jacobeo en obra piadosa¹³.

Otras iglesias del siglo XII también mostraron la influencia de la peregrinación. Así, Oliver de Merlimond, merino del señor de Wigmore, Hugo de Mortimer, fundó una iglesia en la aldea de Shobdon, y durante su construcción hizo la peregrinación a Santiago, hospedándose en París con los canónigos de San Víctor y volviendo antes de la dedicación de la nueva iglesia por Roberto de Béthune, obispo de Hereford (1131-43). Esta iglesia se halla hoy en ruinas, pero las pocas esculturas que quedan y un grupo de iglesias similares en los pueblos vecinos de Kilpeck, Brinsop y Stretton Sugwas demuestran fuertes influencias artísticas de la catedral de Santiago y de ciertas iglesias de los caminos de Santiago. Así el arco del antealtar de la iglesia de Kilpeck tiene columnas, de las cuales cada una lleva tres figuras de apóstoles, una sobre otra, exactamente como los pares de figuras de la Puerta de las Platerías en Santiago; y los tímpanos de Parthenay-le-Vieux, en el camino de los peregrinos al sur de París, parecen imitados en el tímpano de Brinsop, con su escultura de San Jorge, y en el de Stretton Sugwas, con su escultura de Sansón. Parece probable que Oliver llevase consigo a Santiago a un escultor que dibujó una serie de las esculturas que vio en las iglesias que pasaban, y luego las copió en las iglesias que adornaba después de volver a Herefordshire¹⁴. Así que, dejando aparte las teorías sobre un estilo de arquitectura particular a los caminos de peregrinación, es evidente que en la primera mitad del siglo XII, motivos esculturales específicos fueron propagados a lo largo de los caminos jacobeos por peregrinos que eran al mismo tiempo artistas o mecenas.

Es evidente también que otro efecto de las peregrinaciones fue el de aumentar la riqueza y el poder de los monasterios franceses, porque Oliver de Merlimond concedió la iglesia de Shobdon al convento parisino de San Víctor, como Ansgot de Burwell y Ricardo Mauleverer habían concedido sus iglesias a La Sauve Majeure y a Marmoutier, respectivamente. En contraste, dejando aparte la Colegiata de Roncesvalles, no conozco ningún caso de un peregrino que concediese ninguna iglesia o finca inglesa a alguna iglesia española, ni siquiera a la misma catedral de Santiago —hecho bastante sorprendente.

Sólo un gran terrateniente podía dar iglesia. Pero peregrinos más humildes afluyeron a Santiago durante el siglo XII, y podemos encontrar cuatro en los milagros de San Godric. Primeramente, el hombre de Chester que salió para Santiago y no volvió; su padre, dando por supuesto que había muerto, visitó a San Godric, llorando, pero el ermitaño le aseguró que su hijo estaba vivo y que volvería dentro de ocho días. Segundo, un clérigo vecino que salió para Santiago cuando San Godric se moría (evidentemente en 1170), y cuya muerte a la vuelta fue profetizada por el santo; y en efecto murió en París. Tercero, una mujer de Durham, llamada Eda, que padeció de fiebres durante siete años

¹³ SOUTHERN, R. W., *The Making of the Middle Ages*, Londres 1959, pp. 255-264; ARNOLD, T., *Memorials of the Abbey of St. Edmund at Bury*, Londres 1890-96, vol. I, p. vii, vol. 2, p. 289; WILLIAMSON, E. W., *Letters of Osbert of Clare*, Oxford 1929, páginas 191-200.

¹⁴ ZARNECKI, G., *Later English Romanesque Sculpture 1140-1210*, Londres 1953, pp. 9-15; DUNDALE, W., *Monasticon Anglicanum*, Londres 1817-30, vol. 6, p. 345.

y de las cuales no se curó ni con dos peregrinaciones a Santiago, sino sólo con una visita a la tumba de san Godric; aquí, evidentemente, Santiago ha llegado a ser un criterio para calibrar el poder taumatúrgico de otros santos. Finalmente, había otra señora del norte de Inglaterra que salió para Santiago con su hijo, pero enfermó al llegar a la costa y sólo recobró su salud al prometer volver a visitar la tumba de San Godric; lo que hizo en seguida¹⁵. Por supuesto, es ridículo intentar racionalizar los cuentos de milagros medievales, pero ¿no podríamos sospechar aquí que la madre se dejase llevar de mala gana tan lejos de casa y que fuese una peregrina a pesar suyo?

Estos cuentos, triviales o frívolos, tipifican las fuentes del siglo XII. Pero en el XIII nuestras fuentes cambian. Los grandes departamentos del gobierno, la Cancillería Real, la Tesorería y los Tribunales, empiezan a archivar documentos que ascienden eventualmente a millones para los siglos XIII, XIV y XV; y entre ellos, hay unos centenares sobre los peregrinos a Santiago, aunque tales documentos suelen ser muy estereotipados como productos de una burocracia multiseccular¹⁶.

El sistema de registrar documentos fue comenzado, sin embargo, por don Juan, un rey de genio administrativo e incompetencia política, que perdió Normandía a manos de Felipe II de Francia y provocó una rebelión de sus barones. Así, las guerras en Francia y en Inglaterra disuadieron a los posibles peregrinos ingleses y después de la peregrinación de Felipe, obispo de Durham, en 1201 no encontramos otra referencia a Santiago durante quince años¹⁷.

La siguiente referencia se ofrece en 1216, cuando el rey niño, Enrique III, luchaba contra una invasión francesa. Enrique, o más bien sus tutores, llegaron con el barón, Ralph de Normanvill, al acuerdo de que los hijos de Ralph debían servir al rey en la guerra actual por 200 marcos, pero que Ralph podía tener permiso para visitar a Santiago con la condición de que fuese directamente y sin desviarse del camino «et per rectas dietas et racionabiles illuc ibit et per rectas revertetur». Este documento es el primero que se conserva de la Cancillería Real sobre las peregrinaciones a Santiago. El segundo, concedido a un oficial real, Roger la Zouche, en 1220, es también una licencia de peregrinación¹⁸. Ambas licencias eran necesarias, porque se daba por supuesto que un oficial real debía estar siempre en el país al servicio del rey, y que un barón debía estarlo en tiempo de guerra. Por ello, durante el siglo XIII la mayoría de las personas que piden licencia para ir a Santiago son oficiales reales; a los demás hombres no se les suele prohibir salir del reino, y por lo tanto no necesitan permiso especial. Pero, cuando empezó la Guerra de los Cien Años, el rey necesitó más soldados y se prohibía con frecuencia que nadie saliese del

¹⁵ STEVENSON, *op. cit.*, pp. 268, 298, 374, 443.

¹⁶ La mejor guía al archivo nacional de Londres (*Public Records Office*) es GIUSEPPI, M. S., *Guide to the Manuscripts Preserved in the Public Records Office*, 2 vols. Londres 1923-24. Las series más importantes están publicadas o catalogadas en *Patent Rolls of the Reign of Henry III* (1216-1225, 1225-1232), 2 vols., Londres 1901-03; *Calendar of Patent Rolls* (1232-1572) 67 vols. hasta ahora, Londres 1906-66 (abreviado aquí como CPR); *Close Rolls of the Reign of Henry III* (1227-72), 14 vols., Londres 1902-38; *Calendar of Close Rolls* (1272-1509), 47 vols. hasta ahora, Londres 190-63; y *Calendar of Liberate Rolls* (1226-1272), 6 vols. hasta ahora, Londres 1916-64.

¹⁷ STUBBS, W., *Chronica Rogeri de Houedene*, 4 vols., Londres 1868-71, vol. 4, pp. 157, 161, 174, da datos del viaje de Felipe, quien pasó por Dover, Wissant, Saint Jean d'Angeli y Chinon.

¹⁸ *Patent Rolls* 1216-25, Londres 1901, pp. 108, 246.

país; y naturalmente, más y más peregrinos solicitaron licencias para salir a Santiago.

Pero esto es ya adelantarnos al siglo XIV. En el XIII, una vez expulsados los franceses y terminada la guerra civil, parece que las peregrinaciones aumentaron, y con ellas los documentos. La necesidad más evidente de un peregrino rico era asegurarse de que nadie atacaría sus propiedades durante su ausencia, de modo que la mayoría de los documentos expedidos por la Cancillería Real con cartas de protección, por las cuales el rey prometía proteger las propiedades del peregrino durante su peregrinación o durante un plazo determinado —normalmente entre seis y doce meses. La primera carta de protección concedida a un peregrino jacobeo parece ser la que recibió Pedro des Roches, obispo de Winchester, en 1221, válida hasta que volviese. Poco después Walter Gray, arzobispo de York, obtuvo (en febrero o marzo de 1222) cartas de protección válidas hasta la Navidad de 1222, como también las obtuvieron su mariscal, Alejandro, y otro compañero suyo, Guillermo de Londres, que peregrinaban con él. En el mismo año se expidieron cartas de protección a Elías Giffard, Warner de Sanford, Roberto Marmion y Ricardo de Burgh; y en 1223 a Godofredo de Constantín, Hamo de Crevequer, y Guillermo conde de Warrenne y sus siete compañeros (Godofredo de Say, Eustacio de Apibus, Radulfo de Clere, Ricardo Branche, Ricardo de Mesneres, Guillermo Blund y Reiner de Dunton)¹⁹.

Era prudente peregrinar así en grupo, y sacar cartas comunes de protección. El siguiente paso era evidentemente sacar licencias para barcos enteros de peregrinos; y esto lo hacía el capitán del barco. Vázquez de Parga publica una licencia de este tipo del año 1394, como la más antigua que se encuentra en Rymer; pero hay otras expedidas anteriormente, de las cuales me parece que la más antigua es del 5 de abril de 1235 —una licencia para que Simón Whistlegray pueda llevar en su barco a peregrinos que van a Jerusalén o a Santiago²⁰.

El peregrino importante, armado con su licencia para salir de Inglaterra y una carta de protección para sus propiedades, solía nombrar también a un procurador para cuidar sus asuntos durante su ausencia, como Alan Zouche, alcaide del castillo de Caerphilly, a quien una carta real de 1308 facilitaba el derecho de nombrar un diputado que cuidase el castillo mientras él peregrinaba a Santiago²¹.

Algunos peregrinos prudentes hacían su testamento antes de marchar y solían pedir que el rey lo confirmase, como el obispo de Winchester en 1221, Ricardo de Gray en 1232 y Humphrey V de Bohun, conde de Hereford y Essex en 1237. Y, naturalmente, si eran funcionarios, cobraban sus retrasos de salario antes de salir, como Juan de Vaym, alabardero real, quien recibió £94/71/2d en 1269 por ello, y Enrique de Nivelles que recibió £3 en 1268; mientras que el rey solía dar dinero a otros peregrinos, a veces, para contribuir a sus gastos, como los diez marcos que Enrique III dio a Amoldo Cotin en 1246²².

¹⁹ *Ibid.*, pp. 286, 327-328, 329, 338, 367, 369.

²⁰ *CPR* 1232-1247, Londres 1906, p. 98.

²¹ *CPR* 1307-1313, Londres 1894, p. 142.

²² *Patent Rolls* 1216-25, Londres 1901, p. 286; *Patent Rolls* 1225-32, Londres 1903, p. 467; *CPR* 1232-1247, Londres 1906, p. 178; *Calendar of Liberate Rolls*, vol. 6, Londres 1964, núms. 966, 613, vol. 3, Londres 1916, p. 56.

En el siglo XIV la Cancillería solía emitir cartas, antecesoras de nuestros pasaportes modernos, pidiendo que los gobernantes extranjeros favorecieran a los peregrinos ingleses. En el XIII, con menos comunes, al menos en los rótulos donde la Cancillería solía registrar muchas, pero no todas, las cartas que emitía. En cambio tenemos cartas de salvoconducto, concedidas a peregrinos extranjeros y prometiéndoles que podrían pasar sin peligro por los territorios ingleses, es decir por Gascuña. Entre estos peregrinos se destaca en 1243 don Alfonso ahijo del rey de Portugal», y en este año todavía conde de Boulogne. No sé si los historiadores portugueses han notado esta curiosa visita a Galicia sólo dos años antes de desembarcar en Portugal y usurpar el trono de su hermano Sancho II, pero parece improbable que esta peregrinación no tuviese nada que ver con la conspiración que se urdía en torno suyo ²³.

Volvamos a los peregrinos ingleses. Sin duda, todos fueron a Santiago por motivos religiosos —«causa orandi», como dicen—. Algunos, además, tendrían motivos de diplomacia en relación con las coronas peninsulares; y algunos iban en penitencia. Por ejemplo, cuando Juan Pecham, arzobispo de Canterbury, hizo su visita metropolitana a la diócesis de Chichester en 1283, encontró en la parroquia de Hamme que el párroco, don Rogelio, solía fornicar con varias mujeres, arrepentirse, y volver a su pecado; el arzobispo le mandó ir como penitente, en el primer año a Santiago, en el segundo a Roma y en el tercero a Colonia; durante su ausencia, un párroco vecino cuidaría de su parroquia y le pagaría cien sueldos anuales por sus gastos ²⁴. Es un curioso ejemplo del empleo de la peregrinación como pena canónica y sin duda habrá otros ejemplos en los registros de otros obispos, porque, aunque el procedimiento es viejo, creo que su frecuente empleo a fines del siglo XIII indica la absorción creciente de las peregrinaciones en el proceso de burocratización y legalización que padecía la Iglesia de entonces.

Este proceso es más evidente si nos preguntamos cuántos de los peregrinos que hemos nombrado realmente visitaron Santiago. El hecho de comprar cartas de licencia y protección de la Cancillería implica, ciertamente, una intención seria de peregrinar, pero no sabemos cuántos nunca salieron, ni cuántos de los que salieron llegaron realmente a la Puerta de Perdón. A veces, la Cancillería indica que el peregrino ya ha salido o que va a salir, pero raramente da otra indicación.

Algunos peregrinos sí llegaron a Santiago y volvieron. Muchos se registran en una serie de rótulos llamados *Inquisitiones post mortem*, que son las actas de pesquisas judiciales sobre la mayoría de edad de los herederos —establecida en 21 años en el caso de los hombres y 15 años en el caso de las mujeres—. Los testigos que juraban que el heredero tenía ya 21 años solían recordar su nacimiento, no por el año de la Encarnación, sino porque en tal año ocurrió algún acontecimiento notable tal por ejemplo como su propia peregrinación a Santiago. Así, a principios de 1299, cuando cierto Juan, heredero de Iseult de Apeltrefeld, reclamó su herencia por tener ya 21 años, un testigo, Gilberto de Hercyng, dijo que Juan había nacido la vigilia de Pentecostés de 1277, cosa que recordó porque fue cuando él mismo volvió de su peregrinación a San-

²³ CPR 1232-47, Londres 1906, p. 283.

²⁴ MARTIN, C. T., *Registrum epistolarum fratris Johannis de Peckham, archiepiscopi Cantuariensis*, Londres 1882-86, vol. 2, pp. 585-86.

tiago²⁵. Testigos como Gilberto nos dan los nombres de cinco peregrinos del siglo XIII y más de treinta del XIV; en general los peregrinos tienen más de veinte años y menos de cuarenta, aunque es de suponer que peregrinos más viejos ya habrían muerto, en general, antes de los 21 años después del viaje.

Por otra parte, sabemos los nombres de algunos peregrinos que murieron antes de completar la peregrinación, como Radulfo de Normanvill (1259) o Ricardo Neve (1308)²⁶. Muchas veces los peregrinos no conseguían ni siquiera salir, por causa de deberes o temores domésticos o políticos. El papa podía prorrogar el plazo del voto, como hizo Inocencio VI, por tres años, en 1355, con el voto de Eduardo III, estipulando que durante los tres años debía hacer obras adicionales de piedad. O el papa podía dar permiso para hacer la peregrinación por procuradores; así Tomás Kirkby, clérigo de la diócesis de Carlisle, enfermó y juró peregrinar a Santiago y Jerusalén si se recuperaba; pero una vez curado, lo encontró inconveniente y en 1400 obtuvo permiso de Bonifacio IX para mandar un procurador en su lugar con las mismas ofrendas que habría hecho él personalmente²⁷. No fue el primer ejemplo de una peregrinación por procuradores: Eduardo I hizo igual en 1307, y ya en 1252 se concedió una carta de protección al peregrino Guillermo de Ross como procurador del obispo de Hereford²⁸.

Finalmente, algunos peregrinos obtenían una conmutación absoluta de su voto. Así, en 1343 Clemente VI absolvió a Isabel de Burgh, dama de Clare, de su voto de peregrinación a Jerusalén y Santiago, con la condición de que hiciera otras obras piadosas y mandara a Santiago la ofrenda que de otro modo hubiera llevado. Medio siglo después, cierta Margarita hizo por orden de su marido, el caballero Tomás Naunton, el voto de ir a Santiago; luego él murió y ella se casó con Sir George Frwngg de Londres, con quien tuvo varios hijos y quien le prohibió ir a Santiago. A causa de esta prohibición, de su propia edad y del número de sus hijos, obtuvo de Bonifacio IX una absolución de su voto, bajo condición de calcular los gastos de una peregrinación y de dar el dinero, no a Santiago, sino a la tesorería papal para reparar las iglesias de Roma²⁹. Evidentemente, la conmutación ha cambiado su carácter: a principios del siglo XIV es una absolución excepcional de un voto sagrado; al final, es un modo de hacer dinero para los fines de la Curia Romana, es decir la manutención de las iglesias de Roma, un subsidio contra herejes o «los gastos de la guerra contra los enemigos de la fe católica y la defensa de los fieles en el Oriente». Tomo esta última frase de una bula de Clemente VI de 1345, concediendo a su nuncio en Inglaterra, Raimundo Pellegrini, la facultad de dispensar de ellos a los hombres que no pueden cumplir votos de visitar Roma, San-

²⁵ *Calendars of Inquisitiones post mortem*, 14 vols., Londres 1898-1955, vol. 3, núm. 487. Otros peregrinos del siglo XIII son Tomás de Kempeley (1279), Reginald Wace de Polton (1283), Alan de Arkelby (1293), y Adán de H., (1293), todos citados *ibid.*, vol. 3 núms. 618, 430; vol. 5, núms. 543, 542.

²⁶ CPR 1258-66, Londres 1910, pp. 20, 33; *Calendar of Inquisitiones post mortem* vol. 7, num. 164.

²⁷ BLISS, W. H. y TWEMLOW, J. A. y JOHNSON, C., *Calendar of Entries in the Papal Registers relating to Great Britain and Ireland. Papal Letters*, 14 vols., Londres 1893-1960, vol. 3, p. 560, vol. 5, p. 378.

²⁸ STORRS, *op. cit.*, p. 194; CPR 1247-58, Londres 1908, pp. 133, 112.

²⁹ BLISS, *op. cit.*, vol. 3, p. 112; vol. 4, p. 388.

tiago o Jerusalén. Y los papas conceden facultades parecidas a sus nuncios durante todo el siglo XIV, con miras sobre todo a las necesidades de su fisco³⁰

Sin embargo, no se olvida completamente a Santiago. Al conmutar un voto, a veces se estipula que el dinero debe mandarse a la iglesia compostelana, o que debe gastarse en honor de Santiago, frase que a veces se interpreta como la construcción de iglesias o altares o vidrieras en Inglaterra. En 1361, por ejemplo, Inés de Holme, del pueblo de Burton-in-Lonsdale, legó el dinero que hubiera costado el viaje de dos peregrinos a Santiago para construir en la catedral de York una gran vidriera de color, con Santiago en una sección y Santa Catalina en otra. En 1365, cinco peregrinos que volvían de Santiago, temiendo naufragar, ofrecieron un altar a Santiago si les libraba del naufragio, y al volver sanos al pueblo de Burgh en Lincolnshire construyeron un altar a Santiago en la iglesia de San Pedro y formaron una hermandad de Santiago para mantenerlo, con la condición de que cada miembro tendría que dar cierta cantidad de cebada al año³¹.

Se ve que el camino marítimo de Santiago tenía sus peligros. Pero también los tenía la vía terrestre, como muestra el caso de seis peregrinos de Yorkshire que fueron detenidos en Burgos en 1375, encarcelados quince semanas y luego condenados a muerte, antes de escapar con la ayuda de San Edmundo, a cuya tumba acudieron en gratitud con una candela y un ex-voto en forma de un barco de cera³².

Este cuento, sacado de los milagros de San Edmundo de Bury, nos lleva otra vez más al mundo de Anselmo y de San Godric. Aunque los legistas y burócratas de la Baja Edad Media impusieron un carácter cada vez más formal a las peregrinaciones compostelanas, la atracción de Santiago fue constante y de un carácter muy popular entre las masas de ingleses. (Y de inglesas: no he hablado apenas de las mujeres, pero entre las primeras peregrinas que mencionan los rótulos de la Cancillería están María de Duston (1235), Ermetruda Talbot (1235) y Pernell de Tony (1251); y, desde luego, el más famoso de todos los peregrinos ingleses a Santiago fue una mujer, la Mujer de Bath, inventada, o quizás sólo vista, oída y recordada, por Chaucer.)

La popularidad de la peregrinación a Santiago entre los ingleses no debe sorprendernos. Para ellos, Galicia no era una lejana *finis terrae* sino una etapa en cualquier viaje hacia el Mediterráneo, Roma, Bizancio o Jerusalén³³; y el Cantábrico era un camino, no sólo a Santiago, sino también a otros países, entre ellos, desde luego, España. Porque los ingleses medievales conocieron bastante bien España. En vida de Enrique II, había estudiantes ingleses en Toledo, canónigos ingleses en Salamanca, arquitectos ingleses en Cuenca, una reina inglesa en Burgos, y en la misma Navarra, un archidíacono de Pamplona que tradujo el Corán al latín y que era —por supuesto— inglés. No quiero insistir más. Los peregrinos ingleses a Santiago visitaron la tumba de un patrón común en la tierra de un pueblo al que consideraban a veces amigo, a veces enemigo, normalmente rival en piratería), pero siempre vecino bien conocido del mismo modo que los flamencos o los franceses. Después del si-

³⁰ *Ibid.*, vol. 3, p. 17; vol. 2, pp. 474, 494; vol. 4, pp. 103, 104, 176; vol. 5, p. 92.

³¹ EVANS, J., *English Art 1307-1461*, Oxford 1949, p. 53; WESTLAKE, H. F., *The Parish Guilds of Medieval England*, Londres-Nueva York 1919, p. 33.

³² ARNOLD, *op. cit.*, vol. 3, pp. 333-334.

³³ *CPR 1232-47*, Londres 1906, pp. 105, 106; *CPR 1247-58*, Londres 1908, páginas 104, 503.

glo XV, este conocimiento se vio perturbado por rivalidades y prejuicios de tipo político, económico y religioso; durante cuatro siglos los españoles y los ingleses apenas se conocieron; pero esta situación ya se está acabando, con la decadencia de las rivalidades y de los prejuicios. Gibraltar, la Invencible y Trafalgar son quizás los incidentes más notorios de las relaciones anglohispánicas, pero la historia de los peregrinos ingleses a Santiago nos recuerda que las relaciones entre los dos pueblos (dejando aparte a los gobiernos) anteceden al descubrimiento no sólo de América, sino también del arca marmórica, y que en aquellos días estas relaciones fueron siempre fraternales (si a veces a la manera de Montiel).

Creo que tales días vuelven, y si en algo puede contribuir a ello esta conferencia quedaré plenamente satisfecho.

DEREK W. LOMAX
Universidad de Liverpool

